

LA NOVELA SEMANAL



La Casa de los Cuervos

POR

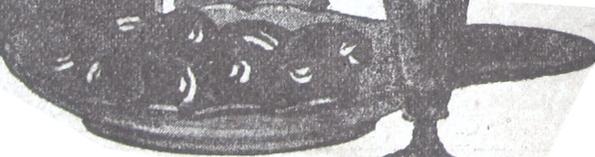
HUGO WAST (G. Martínez Zuviria)

PRECIO: 10 Centavos *1/100*



EL MEJOR
Tónico - Aperitivo

DEL MUNDO



Giussani y Taiana. -- GARAY 866

"LA NOVELA SEMANAL"

Administración: FLORIDA 248 - Buenos Aires — U. T. 946, Avenida
Unico Concesionario para la venta en la Capital Federal:
LUIS B. GALVAN — Sarmiento 730

Agente en Montevideo: C. CHECHI, Canelones 990.

Agente en Rosario: CELEDONIO ECHAVE, San Lorenzo 1250.

Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, Núm. 633.

Agencia en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2451.

Agente en Córdoba y Río 4.º: NICOLAS GULFO.

Importante para el lector

La colección completa de nuestras obras (la mayoría reeditadas) se pone en venta por última vez durante el curso de Julio al precio único de 10 centavos el ejemplar. Pasada esa fecha el número atrasado valdrá \$ 0.20.

Hemos extendido el plazo y otorgado al lector la facilidad de adquirirla a 0.10 el ejemplar durante 30 días más o sea durante Agosto (fecha impostergable) para que el coleccionista pueda obtenerla por poco precio.

Pídanse en los kioscos, estaciones de subterráneo y ferrocarriles, vendedores de diarios o a nuestros agentes del interior.

En el fin de esta obra va la nómina de las novelas publicadas hasta la fecha.

Parezca y siéntase limpio, confortable y fresco todos los días

Tome un vaso de agua realmente caliente antes del
desayuno para eliminar los venenos.

La vida no es meramente vivir, sino vivir bien, comer bien, digerir bien, trabajar bien, dormir bien y lucir bien. Cuán venturoso estado que alcanzar y, sin embargo, cuán fácil de conseguir con que uno quiera adoptar el baño interno matinal.

Las personas acostumbradas a sentirse pesadas y enfadadas cuando se levantan, con fuertes dolores de cabeza, tupidos a causa de resfriados, lengua saburrosa, mal aliento y acedia pueden, por el contrario, sentirse frescos como una margarita, abriendo los canales del sistema todas las mañanas y eliminando la totalidad de materia venenosa interna estancada.

Todo el mundo, ya sienta dolores, esté enfermo o esté bien, debería todas las mañanas antes del desayuno tomar una cucharadita de fosfato limestone en un vaso de agua caliente, para eliminar del estómago, el hígado, los riñones y los intestinos las substancias indigestas del día anterior, la bilis ácida y las toxinas venenosas, y así

limpiar, suavizar y purificar todo el canal digestivo antes de introducir más alimento en el estómago. La acción del agua caliente y del fosfato limestone sobre el estómago vacío es fortificante de modo maravilloso. Elimina las fermentaciones ácidas, los gases, desechos y acidez y da un espléndido apetito para el desayuno. Mientras usted está desayunándose, el agua y el fosfato están tranquilamente extrayendo un gran volumen de agua de la sangre y preparándose para hacer un lavatorio completo en todos los órganos internos.

A los millones de personas que padecen de estreñimiento, ataques biliosos, desarreglos del estómago y reumatismo; así como otros que tienen piel cetrina, desórdenes de la sangre y aspecto enfermizo se les recomienda procurarse en la botica un cuarto de libra de fosfato limestone, que les costará poco, pero que es suficiente para hacer de cualquiera un máfiaco de la limpieza interior.

Para informes: L. F. MILANTA, Rivadavia 1255 - Bs. As.



Dr. Ernesto Gaing

Certificado de haber analizado el
 "Seminal" - preparado farmacico
 en 17% de extracto de cereales,
 de grasas y 12% de proteínas -
 en el Servicio Farmacológico
 de la Universidad de Tucumán, con
 el fin de determinar su valor
 nutritivo y su digestibilidad.
 Los análisis efectuados en el
 laboratorio de la Universidad de
 Tucumán, el día 10 de Julio de
 1918, demuestran que el
 "Seminal" es un alimento
 de gran valor nutritivo y
 muy digestible.
 En consecuencia, se recomienda
 para el uso de niños, madres
 lactantes y enfermos.
 Dr. Ernesto Gaing

Dr. Enrique Bordeu

La harina para niños
 "Seminal" es un alimento
 de gran valor nutritivo y
 muy digestible.
 En consecuencia, se recomienda
 para el uso de niños, madres
 lactantes y enfermos.
 Dr. Enrique Bordeu

SEMINAL

CEREALES MALTEADOS

Alimento para niños, madres y enfermos

GENUINAMENTE ARGENTINO

Dr. GENARO SISTO

El "Seminal" es un alimento
 de gran valor nutritivo y
 muy digestible.
 En consecuencia, se recomienda
 para el uso de niños, madres
 lactantes y enfermos.
 Dr. Genaro Sisto

Dr. L. BELLO

Certificado de haber analizado
 el "Seminal" - preparado farmacico
 en 17% de extracto de cereales,
 de grasas y 12% de proteínas -
 en el Servicio Farmacológico
 de la Universidad de Tucumán, con
 el fin de determinar su valor
 nutritivo y su digestibilidad.
 Los análisis efectuados en el
 laboratorio de la Universidad de
 Tucumán, el día 10 de Julio de
 1918, demuestran que el
 "Seminal" es un alimento
 de gran valor nutritivo y
 muy digestible.
 En consecuencia, se recomienda
 para el uso de niños, madres
 lactantes y enfermos.
 Dr. L. Bello

Compañía Argentina de Productos Dietéticos

bajo la dirección técnica del prof. Juan A. Domínguez

DIRECCIÓN
MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

EL LUNES PROXIMO APARECERÁ

“EL ALMA DE BUENOS AIRES”

por el famoso y galano escritor ENRIQUE GOMEZ CARRILLO

LA CASA DE LOS CUERVOS

POR

HUGO WAST (G. Martínez Zuviria)

La joven esperó que llegara el capataz, para comunicarle el mensaje de su madre, y después cuando hubo pasado toda la hacienda rodeada por los peones, desfilando lentamente, envuelta en una nube de polvo que se doraba al sol, siguieron los dos, al tanco, detrás de todos.

Ya a la puerta del corral, en una fogata que encendiera Floriana, tres marcas de hierro con un pequeño mango de hueso en el extremo de la barra se estaban calentando.

Don Julián, convidado a la fiesta, acababa de llegar. Se había puesto una sotana vieja, color tabaco, en el pecho y en los codos. Quería estar pronto para ayudar a los peones en su ruda faena.

—Vamós a marcar terneros, no más, porque no hay hacienda grande orejana — le dijo don Goyo, cuando el cura entusiasta le dió un vigoroso apretón de manos.

—Lo siento, porque tenía ganas de desherrumbrarme las coyunturas.

Abrió los brazos poderosos, y su ancho pecho se dilató, absorbiendo una gran bocanada de aire frío, cargado del viscoso resiente de las islas, que la brisa empezaba a barrer.

Insúa, que llegaba en ese instante, lo saludó sin bajarse del caballo, y los dos se quedaron allí mirando los preliminares de la operación.

El capataz conversaba con el cura, vigilando la labor de cuando en cuando daba un grito, y espoleaba a su caballo, un tostado fogoso, mojado en sudor, que volteaba un novillo de un pechazo.

Insúa comparaba esa indiferencia de las cosas, en que durante tantos años había vivido, dejándose penetrar por su belleza tranquila, con la fiebre de la interna batalla a que de golpe lo había arrojado el destino.

¿Quién hubiera creído de él aquella repentina pasión que empezaba a morderle como un can rabioso?

¿Y ella? ¿No era ella la misma la verdadera culpable de que él se sintiera irresistiblemente arrastrado por aquel amor que era como una burla trágica a todas las nociones de honor que imponían y aceptaban las gentes?

La vió llegar al rodeo, acompañando a su madre, que le saludó con la inexplicable esquivez de siempre, poniéndose a hablar con el capataz sobre la yerra que iba a comenzar.

Gabriela tenía los ojos lucientes, como si hubiera llorado, y en el rostro llevaba la marca del horror, por lo que había adivinado. Insúa esperó, la cabeza agachada, mirando al suelo, que

parecía temblar con el tropel de la hacienda. ~~La~~ ~~en~~ ~~llegó~~ ~~has-~~
ta él, y sencillamente le dijo:

—Ha llegado Alarcón. El que usted esperaba para irse.

Y aquellas sencillas palabras cayeron en su corazón como una sentencia. Debía partir; ella se lo decía.

V

El secreto

En la alta noche, doña Carmen de Borja, sintiendo quieta a su hija, que dormía en su cuarto y que en un principio había aparecido intranquila, se levantó sin ruido, fatigada de esa cama en que no podía conciliar el sueño, y arrebozada en un manto, se llegó hasta el comedor.

Corrió los pasadores de la puerta y salió.

No había luna, pero las estrellas dejaban caer sobre la tierra el discreto resplandor de su luz cenicienta, buscando entre el follaje de los eucaliptus dormidos alguna abertura para llegar hasta el suelo.

Aquella calma apaciguó sus pensamientos tumultuosos, y le trajo a la memoria con más nitidez que en toda la velada la palabra del cura, a quien esa tarde llamó al oratorio, para confiarle su tremenda angustia.

—¡Padre! — le había dicho, arrodillada a los pies de él, que la escuchaba sentado en un viejo sillón de cuero, la cabeza apoyada en la mano. — ¡Padre! Mi pobre Carmelo ha sido muerto por él; Jarque también, y él, ahora, ama a Gabriela, que no puede saber nada de este horrible secreto, que me pesa como una lápida. Yo habría querido equivocarme, pero cada día estoy más segura de que ella también lo ama. ¿Por qué, él que sabe cuál es su crimen, ha venido hasta aquí, y ha turbado la paz de mi casa con ese amor que es otro crimen?

Doña Carmen se puso a sollozar, y el cura, con su voz llena y viril, de maestro que indica la senda, le dijo:

—El amor puede adueñarse del hombre, sin que esté en su mano libertarse.

—Así es; también lo pienso yo, — respondió la dama.

—¿Sabía él que aquí vivía la viuda de Jarque?

—No, padre. Mi hija lo salvó, cuando se estaba ahogando y lo trajo en su bote. Volvió al conocimiento estando ya en esta casa, y yo no supe quién era el que así recibíamos como un huésped, digno de nuestra caridad, sino cuando ya era tarde para cerrarle la puerta. Dos días pasé en la ciudad, preguntando cómo fué la muerte de mi Carmelo; para algunos era un misterio, pero no faltó quien me hiciera el relato. Cuando volví a mi casa, el horror de cuidar a ese hombre que veía ensangrentado con la sangre de mi hijo, me hizo egoísta y abandoné la tarea a Gabriela, que lo ignoraba todo.

—¿Y ella? ¿Ella... puede saber? — preguntó el cura con un ligero temblor en la voz, porque recordó que esa mañana, en el rodeo, algo extraordinario revelaban los gestos de Gabriela, cuando se acercó a Insúa.

—Ella no puede saber — respondió la madre; — si lo hubiera sabido en un principio, no habría llegado a enamorarse de ese hombre. Y esa es mi culpa, no habérselo dicho. El crimen es de él, que sabiéndolo se llegó a ella y la amó. ¡Santo Dios! me tiembla el corazón y me parece oír, cada vez que pienso en esto, que mi pobre Carmelo se lamenta de que así hayamos vengado su sangre.

—La venganza — murmuró el cura — es miseria nuestra. Las almas de los muertos, que han visto a Dios, no pueden sentir la ni desearla.

—¿Cómo llegaron a usted los detalles de la muerte de su hijo y de su yerno? ¿Quién le contó? ¿Hay muchos que lo sepan? — interrogó el cura a doña Carmen.

Y ella entonces le hizo el relato. En la noche del entierro en casa de una parienta, un indio se acercó a contarle con toda reserva lo que sus ojos habían visto. Nadie más — le dijo — sabía nada de aquello, y nadie debía saberlo, era el nombre del que había quitado la vida a Carmelo Borja y a Braulio Jarque.

—¿Y ese indio quién era, y qué interés tenía en decírselo a usted y en callarlo a los otros?

—Era uno de los revolucionarios, que en los primeros momentos había pasado inadvertido, pero que deseaba ganarse mi voluntad para que yo influyera ante el gobernador, mi pariente, si acaso llegaban a prenderle.

Cuando la dama se alzó del reclinatorio en que había hecho aquella confesión que revolvió todos sus dolores, su corazón estaba sometido a lo que pudiera ser la voluntad de Dios.

Y mientras ella paseaba, temblando de frío, creyendo a su hija dormida, ésta, incorporada en su lecho, llena de espanto, veía por el postigo abierto de la ventana pasar y repasar la sombra de su madre.

La había sentido salir, y tuvo vergüenza de hablarla, porque también su conciencia era como un mar agitado, en que luchaban el nuevo amor, con todas las fuerzas de su vida naciente, y el sentimiento de aquella venganza que ella debía ejercer para acallar la voz de los muertos.

¡Oh, si su madre supiera — pensaba — que ella estaba a punto de doblarse como una caña ante el huracán de la pasión!

Con los ojos dilatados en la oscuridad, crispadas las manos sobre las cobijas, estuvo un largo rato dudando si debía saltar de la cama para ir hacia su madre y pintarle su tortura.

A esa misma hora, otro pensamiento hacía su misma dolorosa jornada.

Insúa se había acostado temprano, con el pretexto de su partida que sería al alba, pero en realidad por no encontrarse más con Gabriela, cuyas palabras al anunciarle la llegada de Alarcón le quitaron toda esperanza.

Se estremecía de horror ante la evidencia de que ella esa mañana leyó en sus ojos la verdad que fué su pesadilla en sus horas de fiebre. ¿Cómo había llegado a comprender ella la maldición que pesaba sobre él?

Alarcón hasta altas horas de la noche le estuvo relatando, en voz baja, las circunstancias en que se preparaba la revolución.

El gobierno estaba alerta como nunca, y deseoso de tomar represalias que curasen de raíz aquella perpetua zozobra en que le obligaban a vivir.

Con la muerte inopinada de Jarque había perdido todas las pruebas con que hubiera podido caer sobre los cabecillas. Ni contra Cullen, ni contra Montarón, ni contra ninguno de los conjurados que en la noche del baile debían apresar a Iriondo y a Bayo, se pudo probar nada en concreto.

La muerte de Jarque, el adversario más temible que tenían los opositores, alentóles a vengar cuanto antes aquella derrota, y sigilosamente, aleccionados por la experiencia de sucesos, en cuanto recibieron noticias de que Insúa vivía, empezaron los preparativos de la nueva revolución que había de terminar sangrientamente en la batalla de los Cachos.

Oyendo a Alarcón, Insúa podía medir el cambio profundo que en esos días se había producido en él. Ya esas cosas parecíanle sin sentido.

¿Qué le importaba a él quién gobernara, si el poder se le presentaba como la más estéril de las vanidades?

Pensaba en su drama interior, cuyo desenlace no podía prever

y sentía deseos de entrar en la acción, buscando en la lucha el reposo de su corazón y de su conciencia atormentada.

Cuando Alarcón se durmió, comparó la serenidad de aquel sueño con el suyo agitado por la fiebre de ese imposible amor. Y sin embargo, los ojos de ella, que no podían haberle mentido, le habían hablado de perdón.

Faltaba mucho aún para el alba, cuando despertó a su compañero para que fuera a ensillar los caballos, que habían dejado en el corral de las vacas a fin de tenerlos cerca.

Su pequeña maleta pronta, abrió la puerta que daba a la galería, y salió antes que Alarcón. Encandilado por la luz de adentro, no vio la sombra hurafía de doña Carmen de Borja, que aun se paseaba por allí, escabulléndose hacia el comedor.

Se volvió, y oyó la voz de Gabriela que le hablaba en la sombra donde apenas se veía su grácil figura.

—¿Se va?

—¡Oh, Gabriela! ¿por qué ha venido? — respondió él, como un reproche, estremecido de gratitud hasta el fondo de su alma.

—No le había dicho adiós — dijo ella con dulzura — y era de mal augurio dejarlo partir así, como si huyera de la casa.

Insúa se le acercó y le tomó la pequeña mano temblorosa.

—Es como una huída, en verdad...

—¿Y por qué? — interrogó ella, vencida en su largo insomnio por el amor, y resuelta a guardar su terrible secreto.

El le contestaba:

—¿Para qué había de quedarme? Ayer le dije que a usted le debía la primera ilusión de mi vida. Ahora...

—¿Ahora qué? — preguntó ella ansiosa, sintiendo que vacilaba y que temblaban sus manos.

—Ahora esa ilusión se ha desvanecido. Mi vida no tiene sentido ya; usted misma ayer me lo dijo, anunciándome la llegada de Alarcón. "Ha venido el que esperaba para irse". ¿No fué así?

—Ayer sí, ayer fué así; — dijo con reprimida vehemencia la joven. — ¡Hoy no! ¡hoy no! ¿Por qué se ha de ir?

—¿Y por qué había de quedarme?

Y ella, en un relámpago de voluntad, sintiendo que él no hablaría nunca, desconfiando quizás de que ella hubiese penetrado su secreto:

—¿Si yo se lo pidiera...?

—¡Oh, Gabriela!

—¿Se quedaría?

Después hablaron, y la confesión del escondido amor brotó con fuerza, como una llama que disipó en sus corazones el frío y la niebla de las angustiosas horas pasadas.

Cuando volvió Alarcón trayendo los caballos, Jesús había llegado con un farol, y alumbraba el sitio. Empezaron a ensillar. Insúa hablaba con Gabriela, en voz baja, mirando su rostro que la luz rojiza del farol alumbraba como una de las estampas del oratorio.

Sintióse la voz de un hombre que decía:

—¡Manso, Batallón, Cuzco, soy yo, soy yo! — aplacando a los perros que conociéndole dejaron de ladrar.

Llegóse él hasta el grupo, y Gabriela dijo:

—Es el ovejero.

Era un viejito descarnado, pequeño, ágil aún, vestido miserablemente con una vieja chaqueta azul de militar y un cuero de oveja sujeto a la cintura con una huasca.

Saludó con voz apagada y acercándose al capataz, que en ese momento aparecía, le contó en voz baja que esa noche, había llegado al rancho donde él vivía, a una legua de distancia, un hombre que parecía andaba sobre el rastro del capitán Insúa.

—¿Cómo es ese hombre? — preguntó Insúa oyendo aquello.

—Aindiado, capitán; quizás indio de veras.

—José Golondrina — murmuró Alarcón.

—Entonces habrá que hacerle venir — dijo Insúa.

Alarcón, que cinchaba su caballo, dejó el correón y se volvió hacia el capitán.

—Será mejor que no sepa donde estamos.

Lo dijo como para que Insúa solo lo oyera.

El ovejero continuó:

—Por lo que me ha parecido entender, no es de los revolucionarios, más bien del gobierno. Entró en mi rancho, al anoecer; me pidió carne y le di media pierna de oveja. Me dijo que era poco y me compró un costillar. Salió para el monte, diciendo que iba a ponerlo en las alforjas. Yo creo que no era así, y que alguien, que no quería dejarse ver, lo esperaba allí. Tal vez son varios los compañeros; el perro que tengo ladró toda la noche, estando ya ese hombre en el rancho. Cuando lo vi dormido, me salí, y aquí estoy avisándoles y para lo que gusten mandarme.

Un momento Insúa había tenido la intención de quedarse en la Casa de los Cuervos para ganar mejor aquella alma que se venía a él, y averiguar si doña Carmen de Borja, huraña con él, se negaría a darle su hija. Mas al oír hablar al ovejero comprendió que el gobierno estaba sobre su pista, y que José Golondrina servía sus planes.

Y así, cuando estuvieron ensillados los caballos, besó la mano que Gabriela le tendía, y con el capataz que había de guiarles hasta el vado, en donde estaba la canoa para pasar el río, crecido aún, partieron al galope, haciendo resonar en la noche la tierra endurecida por la helada.

Gabriela siguió con la mirada ansiosa las siluetas que pronto se perdieron en la sombra.

VI

Sobre las huellas de Insúa

Media hora después, cuatro hombres a caballo cruzaban el tupido algarrobal, siguiendo un sendero abierto entre la hierba profusa, por el paso de hacienda, en dirección a la Casa de los Cuervos.

Uno de ellos, José Golondrina, marchaba adelante de los otros, sirviéndoles de guía.

Eran dos soldados, sin otro distintivo que la gorra, el sable y carabina, y un alférez jovencito y rubio.

Siguieron al trote, distinguiéndose del ruido sordo de los cascos en la hierba ennegrecida por la helada de la noche, el ruido de los sables que se golpeaban.

En la noche de la revolución, José Golondrina, que hiciera fuego sobre su jefe, debió huir y refugiarse en la primera casa, cuyas tapias pudo saltar, para escapar a la saña de los milicianos vencedores, que pasaban sableando a los revolucionarios fugitivos.

Aquella casa era de los parientes que dieron hospedaje a doña Carmen de Borja, cuando llegó de la estancia para enterrar a su hijo, que allí se veló.

En el tumulto de la gente que acudió el primer día, pasó el indio inadvertido, pero después lo apresaron, y entonces, aprovechando la circunstancia de conocer el secreto de la muerte de Carmelo Borja, por lo que oyera la noche de la revolución, logró hablar con su madre, y revelóselo, y en cambio de aquella revelación que había de ser la pesadilla de la infeliz mujer, le pidió que hablara a Bayo en su nombre, para que le demaran libre.

Cuatro días pasó en un calabozo, con las piernas en la barra

de grillos, solo, temblando de frío, cuando una mañana, el gobernador en persona, llegó hasta su prisión deseoso de hablarle.

Sabíase de la muerte de Insúa, mas no se había dado aún con su cadáver, por lo cual José Golondrina, que era desconfiado y astuto, tuvo la sospecha de que había escapado vivo de sus perseguidores, para quienes la noticia de que habían logrado concluir con el temido caudillo fué ocasión de un premio.

—No debe haber muerto — dijo el indio al gobernador, que le escuchaba de pie, junto a la barra de grillos. — Si el señor quiere, yo daré con él.

—Si está vivo — contestó Bayo. — ¿Y si está muerto?

—Daré lo mismo con su cuerpo.

El aire sombrío e inteligente del preso interesó a Bayo, que lo mandó poner en libertad, y le encargó de la pesquisa.

Con una patrulla recorrió José Golondrina el río, la laguna, los sauzales de las islas, y llegó hasta la Casa de los Cuervos, cuando Insúa estaba allí, luchando aún con la muerte.

Doña Carmen de Borja habló con el indio; disipando su sospecha, y él la creyó porque nunca habría imaginado que aquella mujer que tenía los ojos enrojecidos de llorar a su hijo, escondiera en su misma casa al matador.

Algunos días después José Golondrina, de quien el gobernador Bayo no estaba muy satisfecho, entró en la casa de Montarón, como peón para los servicios pesados, partir leña, traer agua del río, cuidar la huerta. Nadie sabía allí de dónde venía: contó una historia y le creyeron.

Era sumiso y callado e inspiraba confianza, y él, poco a poco, atisbando con astucia, se enteraba de algunos importantes secretos que a nadie confiaba, mientras no llegara la hora.

Don Patricio Cullen iba con escasa frecuencia, mas conocíase que la relación era estrecha y cultivada entre Montarón y él. José Golondrina más de una vez llevó mensajes de éste, que ahoraban una visita.

A ninguno de los dos les había desengañado el fracaso. Por el contrario, su pasión política se exacerbó ante la derrota, y aprovechando las nuevas circunstancias, en que la muerte de Jarque dejaba las cosas, no bien recibieron noticias de que Insúa vivía, empezaron a tramar una nueva revolución.

Así estaban las cosas, cuando un día Cullen, en una visita a Montarón, dejó escapar el nombre de la Casa de los Cuervos, en momentos en que se acercaba el indio, que les servía el mate. Por el tono de la voz, por la alarma que pareció causarles el que alguien hubiera oído aquello, comprendió José Golondrina que doña Carmen de Borja le había engañado cuando él fué a la Casa de los Cuervos en busca del capitán.

Y resolvió ir otra vez. Salió esa noche de la casa de Montarón, sin ser visto, y fué a ver a Bayo, y le prometió de nuevo dar con el paradero del perseguido caudillo, el único de los jefes de la revolución contra el cual podía hacerse un proceso que cortara para siempre en él la vocación revolucionaria.

Bayo, que vivía intranquilo, rodeado de enemigos, contra los cuales no tenía pruebas, aceptó la propuesta del indio y mandó con él aquellos tres hombres que pasaron la noche en las cercanías del rancho de flor Basilio.

Llegaron así a la Casa de los Cuervos.

La irrupción de aquellos cuatro hombres armados en el patio de los eucaliptus, provocó grande alarma. Ladraron violentamente los perros, los sirvientes corrieron adentro, en busca del ama, que salió al rato, cuando ya el alférez había echado pie a tierra ahuyentando los canes a rebencazos, como dueño y señor de la morada.

El gesto severo de doña Carmen de Borja le impuso mayor respeto. Habló, no obstante, con altanería:

—Veníamos en busca de Francisco Insúa.

—Aquí no está—respondió secamente la dama.

—El gobierno sabe que aquí se esconde.

—Se equivoca el gobierno.

—Tiene denuncias, señora.

—Lo han engañado.

Apareció Gabriela en ese momento, al lado de su madre, asustada ante aquella violencia, por la suerte del hombre que ama, y a quien podían aún perseguir y alcanzar en el campo.

—¡Mama! que registren, que pierdan tiempo — dijo hablando al oído a doña Carmen.

El alférez, al ver a Gabriela había cambiado de actitud y se aproximaba almidonado y lleno de disculpas:

—Quizá sea así, señora; pero esas denuncias lo obligan a proceder en esta forma, y yo no podría evitarlo.

—Mama, que registren — dijo Gabriela.

Vos, José Golondrina — observó duramente doña Carmen — ya has venido a mi casa en busca de lo mismo: ¿qué hallaste?

—Su merced disculpe — respondió el indio, bajando al suelo sus ojos oscuros y maliciosos; — yo era mandado entonces y ahora. Me dicen que busque y busco.

Echó pie a tierra, sonándole el sable y las espuelas de anchas rodajas de plata. Un poncho de lana gruesa le cubría, arrastrando los flecos.

El alférez habría deseado quedar bien con aquella familia por merecer de Gabriela una buena palabra que algún día le sirviera para tornar a la casa. Pero aquel indio, mal dispuesto, podía perderle, y se resolvió a ordenar el registro.

—Es un nuevo agravio que se me hace — protestó doña Carmen de Borja — y yo me quejaré a mi primo el gobernador.

—El lo ha ordenado — observó el indio.

—¡Miserable! — contestóle ella en secreto, de modo que sólo él la oyera — yo te salvé de la barra, y es la segunda vez que asaltan mi casa, por denuncias tuyas.

El indio sonrió y pasó la puerta que le abrían para comenzar el registro.

En el cuarto, frente al árbol de los cuervos donde hasta el día antes estuviera Insúa, halló a Gabriela, que huía del alférez cuyas insinuantes miradas le sublevaron.

—No lo hallarán — dijo la joven con ira — porque no está aquí.

José Golondrina, que registraba los rincones, se volvió a ella, y le dijo espiando su actitud.

—¡Mejor para él!

—¿Por qué? Yo no lo conozco, pero sé que sabría defenderse, porque es un hombre valiente.

—Peor para él, entonces, porque tendríamos que matarle.

Gabriela se inmutó.

—Esa es la orden — dijo el indio observando aquella impresión.

—¡Oh! — exclamó la joven intensamente pálida: — ¿Es posible que se den esas órdenes?

José Golondrina sonrió, y Gabriela comprendió, por la malevolencia de su sonrisa, que había adivinado el secreto de su alma.

—¡Está enamorada, enamorada de él! ¡Qué miseria! ¿No sabe que él...?

Llena de miedo y de horror, Gabriela se echó atrás a tiempo que se abría la puerta y entraba don Julián, el cura, como un ventarrón.

Sonaron dos bofetadas.

—¡Miserable! — rugió el cura.

El indio, doblegado por aquel brazo hercúleo que se abatía sobre él, se incorporó, con el odio pintado en el rostro cárdeno como un verdugón.

Le temblaron los labios descoloridos: no pudo hablar, y sólo cuando salió de la pieza logró dominar su cólera salvaje, y dijo sordamente volviéndose al cura que atendía a Gabriela, desmayada en el suelo:

—¡Ah, la mala mujer! Yo seré la venganza de ellos, y ella será mi esclava...

Nadie le oyó; por toda la casa circulaban los soldados registrando minuciosamente los últimos rincones para dar con el caudillo.

En el patio, doña Carmen de Borja contestaba con dureza las preguntas del alférez.

Un instante le azotó el alma el recuerdo de su hijo muerto por el hombre cuyos pasos podía ella poner a la justicia que lo perseguía. Pero fué un aletazo negro, como el que en la noche siniestra de la revolución le anunció su desgracia.

Cuando los soldados partieron desengañados, después de registrar la casa, la silueta severa de la dama quedó un rato en el mismo sitio, mirándolos alejarse.

—¡Dios mío, qué horror! — exclamó entrándose. — ¡Yo lo perdono y ella lo ama!

TERCERA PARTE

I

En la casa de Bayo

Jarque se había llevado a la tumba el peligroso secreto de don Serafín Aldabas, en cuya escuela se reunían los conjurados, para la revolución de marzo. Y a esa discreción impuesta por la muerte, debió sin duda el maestro el que no se suprimiera la modesta pensión del gobierno, que le hacía vivir.

Pero los apuros del erario provincial agraváronse hacia mediados del año 77, y de nuevo empezaron a acumularse los meses impagos y a ver el mísero don Serafín crecer su deuda en el boliche del catalán.

El Café del Plata era el nidal de los opositores.

La oposición al gobierno de don Servando Bayo, había agrupado a las familias más distinguidas de Santa Fe, en torno de don Patricio Cullen, y aunque en el grupo figuraran muchos hombres de convicciones católicas, predominaba una tendencia contraria, que justificaba el nombre de "liberales", adoptado por ellos en la lucha política.

Don Serafín había observado que cuando sus angustias crecían, porque no le pagaban la pensión, aumentaba su crédito en el Café del Plata. Más, parecíale haber observado, también, que se agravaron grandemente las dificultades que experimentaba para cobrar del gobierno, con su entrada a la casa, aunque era notorio que no iba como conspirador.

De donde para el maestro surgía un formidable problema: ¿aquéllos no me pagan, porque éstos me ayudan, o me ayudan éstos porque aquéllos no me pagan?

Un día estuvo a punto de penetrar el enigma de su alma inocente.

Fué cuando se recibió en la ciudad la noticia de la muerte de Insúa. ¡Cómo lloró su niña! Al alba del día siguiente la vió salir enlutada, en dirección a la iglesia de los jesuitas, donde, según le contaron, pasó una hora rezando ante el altar de la Virgen de los Milagros.

Cuando volvió ella le dijo:

—Tata, no ha muerto; no es verdad que haya muerto.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie; lo sé yo, que no creeré en su muerte mientras no vea su cuerpo.

Su padre movió la cabeza.

—Todos lo dicen, sin embargo, — murmuró tristemente, deseoso de no desengañarla ni de halagar su ilusión.

Diez días pasaron así, bajo la angustiada incertidumbre. La convicción de su hija le llegó a contagiar, y también él dudó de la muerte de su sobrino, hasta que un día un mensaje de él, con todo misterio, les mostró que, en verdad, el corazón de Rosarito no había mentido.

Hacia fines de junio, salía una vez del Café del Plata, después de su lección, cuando en la calle, de noche ya, por la brevedad de los días de invierno, al arrebosarse en la capa, a fin de librarse del áspero viento del Sur, alguien le tomó del brazo y le arrastró en dirección opuesta a la de su casa.

—¡Ilustrísimo doctor Zavalla!

—No me ponga motes, don Serafín, no soy obispo.

—¡Señor Canónigo!

—¡No soy canónigo!

—¡Señor...!

Alto, gallardo, envuelto en un manto con forro de seda, caminaba a prisa, llevando del brazo al endeble maestro que se deshacía en cortesías ante la inesperada muestra de afecto de uno de los hombres más poderosos de la situación.

Habían recrudecido extraordinariamente las alarmas revolucionarias, y los hombres del gobierno comprendían que vivían sobre un volcán.

Casi a diario llegaban al Cabildo denuncias de que se preparaba un vasto complot. Don Patricio Cullen había abandonado repentinamente la ciudad, dándosele como residente en su estancia "Los Algarrobos", donde en medio de las colonias extranjeras, de reciente fundación estaba el foco de las fuerzas con que podía contar para todo movimiento.

El gobierno sabía esto; mas lo desazonaba el absoluto misterio que rodeaba el paradero de Insúa, el más bravo y audaz de los jefes revolucionarios.

Todas las noches los consejeros del gobierno celebraban su reunión; en la casa de Iriondo, frente a la plaza, algunas veces, o en la casa del gobernador Bayo, a la vuelta del Cabildo, y allí, con todo misterio, se discutían y se pesaban las informaciones que llevaba el jefe de policía, don Manuel Echagüe.

—Dicen las malas lenguas que es usted opositor, don Serafín. El maestro alzó los brazos, clamando al cielo.

Su capa batida por el viento se arrancó de sus hombros y cayó hacia abajo. Zavalla se echó a reír, porque le vino a la mente el recuerdo de Friné, convenciendo a sus jueces de que era una calumnia la acusación que le enrostraban.

Ayúdole a arrebosarse de nuevo y siguió caminando aprisa agarrado a su brazo.

—Si es mentira eso, como lo he creído siempre, y si no tiene apuro, véngase conmigo por un minuto hasta lo del gobernador. Yo tengo que hablarle del subsidio de su escuela...

—¡Oh, señor don Manuel Marfa!

—Y de su hija Rosarito... ¿no es mi ahijada?

—En efecto, señor don Manuel...

Llegaban al ancho portal de la casa de Bayo. Subieron los tres escalones de piedra, y Zavalla, guiando al maestro, entró sin llamar a una de las piezas laterales del ancho zaguán, iluminado apenas por un gran farol de hierro, pendiente del techo.

La pieza estaba desierta. Zavalla se sentó en el sofá, arre-

glándose los pliegues de su traje talar, y atrajo al maestro, cuidadosamente arrebuñado.

—¿Andan bien sus negocios, don Serafín? Con seguridad que el gobierno le adeuda algunos meses...

—¡Doce!... — suspiró el pedagogo.

Zavalla hizo un gesto de desaprobación.

—No está bien eso; pero ya me lo explico: se dicen tan graves cosas de usted...

Hizo una pausa llena de intención, mirando en las pupilas a su interlocutor, que maquinalmente sacó su reloj y se puso a darle cuerda.

—¡Son calumnias, señor don Manuel! — exclamó con un hilo de voz.

—Bueno, lo creo. Yo mismo hablaré hoy con el gobernador, para que le paguen el atraso, y le aumenten la subvención.

Don Serafín se acordó de Jarque, y sonrió con amargura. Con que se la pagaran sería bastante...

—¿Me espera un minuto? — díjole de pronto Zavalla, como si acabara de tener una inspiración.

Se levantó, dejando sentado al maestro, y fué hacia la pieza vecina.

Pasando un rato, Zavalla volvió agitando un papel, cuya escritura fresca temía borrar.

—Con esto, mañana, podrá cobrar sus doce meses atrasados. Don Serafín dió un salto.

—¡Los doce meses! — exclamó, calculando que al día siguiente sería poderoso, con aquellos atrasos cobrados de un golpe.

Sí, los doce... ¿Me he engañado? Era difícil, porque el erario anda flojo, pero hice valer un supremo argumento.

El maestro enarcó las cejas, poniéndose de pie al lado de su interlocutor, que se agachó, murmurándole al oído:

—Le dije que necesitaba plata para el casamiento.

—¿El casamiento? ¿Qué casamiento?

Zavalla lo miró con una benévola sonrisa.

—¿A mí, que soy su padrino, me lo oculta?

—¡No comprendo! — balbuceó don Serafín, echando mano al reloj, como en todas sus sorpresas.

—Pero, don Serafín, si ya hay muchos que lo saben, que Rosarito se casa...

—¿Qué Rosarito se casa? — Interrogó en el colmo de la estupefacción el maestro — ¿Con quién dicen que se casa?

—Con Insúa, con Francisco Insúa, que ha venido a eso, a casarse...

El maestro sonrió con tristeza, deshecha su ilusión.

—No es verdad — dijo sacudiendo la cabeza. — Francisco no ha venido.

Y entonces Zavalla, simulando una gran sorpresa, exclamó:

—¿Que no ha venido Francisco? ¿Y entonces dónde está?

Don Serafín recapacitó un segundo, bajo la mirada inquisidora de Zavalla.

—En lo de doña Carmen de Borja, respondió.

—¿En la Casa de los Cuervos? Allí estubo, pero ahora...

—Ahora, ahora está allí.

Cuando don Serafín, exultante de alegría, llegó un rato después a su casa, donde Rosarito le aguardaba con angustia, y le contó la escena, y le enseñó el papel que al día siguiente se trocaría en dinero y le refirió lo del comentado noviazgo, ella, que lo escuchaba pálida, sospechando alguna intriga, juntó las manos:

—¡Oh, tata! ¿por qué le dijo dónde estaba Francisco?

Y sólo entonces comprendió el mísero don Serafín que había caído en una hábil celada, revelando el secreto de que en ese momento dependía la suerte de la revolución.

Insúa, en verdad había vuelto, y hacía un mes que se mantenía oculto en la Casa de los Cuervos. Eran contados y ficles los que sabían su paradero, y como aquel sitio fuera registrado vanamente dos veces, el gobernador, atendiendo a la protesta de su prima doña Carmen de Borja, había resuelto que no se la molestase más, ya que era inútil.

Su padre la miraba arrepentido y ansioso, esperando la solución que ella le sugiriera.

—Tata — le dijo, — si no se le avisa antes de mañana, lo habrán puesto preso. Lo buscan para enjuiciarlo; además quieren tenerlo en seguro para impedir la revolución.

Don Serafín asintió con la cabeza y continuó callado.

—Esta noche mismo yo me iré a la Casa de los Cuervos, y le avisaré para que huya.

Se paró, y su rostro quedó en la sombra, donde lucían sus ojos, como si estuvieran iluminados por la sola luz de su alma.

—¿Vas a ir? — gimió el maestro, que jamás se había separado de su hija.

—Sí, tata. Tenemos que salvarlo, y sólo yo puedo ir hoy mismo. Algún canoero me llevará. Antes del alba; saliendo ahora habré pasado la laguna, y en dos o tres horas más estaremos en la Casa de los Cuervos. Ningún piquete que no salga en seguida, podría adelantármese. Si Dios me ayuda así lo salvaremos.

II

El aviso

Esa mañana, al rayar el alba, Rosarito llegó a la Casa de los Cuervos rendida, porque para abreviar la jornada y llegar antes que nadie, tupo que ayudar al canoero.

Sólo en la casa sentíase el ruido que hacía un peón, martillando un freno, que se había doblado; y en la isla de enfrente la algarabía áspera de las gallinetas y de los chajás, que saludaban al nuevo sol que empezaba a salir.

Llegó el capataz, al oír ladrar los perros, y Rosarito preguntó por Insúa, y tuvo que explicarle de qué se trataba, para que el desconfiado campesino los hiciera pasar. Insúa la habló, inmensamente sorprendido de verla.

—¿Qué hay?

Y ella le contó. Y él quiso ver entonces la canoa en que había venido, y fueron los dos hasta la orilla del río, y bajaron la barranca. Ya no estaba el canoero, que había ido hasta las casas con el capataz, pero la pequeña embarcación, con la proa en tierra, parecía reposar de su larga jornada, junto al bote de Gabriela, que se balanceaba en el agua.

Insúa comprendió la suma de valor y de destreza que había gastado la niña en su aventura. Se volvió a ella, que estaba a su lado, estremecida, esperando aquella palabra con que había venido soñando.

Mas no la dijo. Le apretó la mano.

—Gracias, Rosarito. Voy a salir en seguida, porque ellos no tardarán.

Subieron hasta las casas, juntos los dos. Rosarito silenciosa y desencantada; él contándole a grandes rasgos lo que podía decirse de la revolución que preparaban, y que estaba fijada para algunos días después.

Recibida con afecto en la Casa de los Cuervos, la hija del maestro empezó a comprender qué sortilegio había apresado aquella alma errante, que ella perseguía con amor hacía tantos años.

En pocos minutos se hicieron los preparativos de la fuga. Alarcón ensilló los caballos, y cuando todo estaba listo, Rosarito volvió a Insúa apartarse con Gabriela, siguiendo la calle de los euca-

lptos, sombría a pesar de los rayos oblicuos del sol que se filtraba por entre sus troncos; y sus ojos se abrieron a la triste verdad.

No pudo esconder sus lágrimas, cuando los vió venir. Pensó que él la habría besado, como en aquella noche inolvidable en que él le robó un beso para que le sirviera de talismán en la batalla.

—¿Por qué lloras, Rosarito? — le preguntó él, subiendo a caballo. — No hay peligro para mí; no se ha fundido la bala que ha de matarme...

—¡Que Dios te bendiga! — le dijo, como una madre o como una hermana.

El partió al galope, seguido de Alarcón. Gabriela se había entrado. La silueta severa de doña Carmen de Borja, que un momento se pintara en la galería, bañada de sol, desapareció como una sombra.

Cumplida su misión, Rosarito pensó volverse, mas no la dejó, haciéndola ver que si la gente del gobierno, que sin duda vigilaba el río, la veía pasar en canoa, adivinaría que ella había sido la mensajera, y expondría a su padre a persecuciones o venganzas.

III

El incendio del garzal

Insúa y Alarcón vadearon el río buscando el mejor camino para la estancia de "Los Algarrobos", donde esperaban reunirse con Cullen, estuvieron a punto de caer en poder de uno de los piquetes que vigilaban las costas.

Cuando la partida gubernista los vió pasar por el camino limpio, de lejos reconoció al caudillo revolucionario, cuyo poncho blanco de vicuña flotaba a sus espaldas como un albornoz.

¡Son ellos! — dijo el jefe — ¡Vamos, muchachos!

Crujieron las pajas, tronchadas por los cascos de las cabalgaduras y surgió sobre el camino la figura salvaje de los seis hombres que componían la partida, vestidos a medias de militares y a medias de gauchos.

—¿Es bueno tu caballo? — preguntó a su compañero que montaba un zaino oscuro.

—Es de "Los Algarrobos" — contestó simplemente Alarcón, haciendo el elogio, porque don Patricio Cullen tenía en su estancia una cría de caballos muy acreditada.

—Castigá entonces — dijole Insúa que montaba su famoso tostado.

Y los dos, agachados sobre el cuello de sus cabalgaduras, empezaron una carrera frenética que había de durar mientras los otros no cesaran en su persecución.

Pronto sintieron el silbido de las balas.

Insúa se echó a reír, espoleando su caballo.

—No está fundida la que me ha de matar -- dijo repitiendo las palabras que había dicho a Rosarito.

Tenía fe en su estrella. Alarcón, sin embargo, serio y triste le respondió:

—Toda la noche he sentido graznar a los cuervos. Dicen que eso anuncia desgracia.

Pronto dos de los perseguidores, mal montados, fueron quedándose atrás. Se detuvieron, abandonando la partida, echaron pie a tierra y hubieran comenzado el fuego en condiciones mejores, si sus propios compañeros que corrían sobre la misma línea del camino, detrás de los dos revolucionarios que huían a quinientos metros de distancia, no los hubieran defendido cubriéndolos con sus cuerpos.

La persecución duró algunos minutos más. Sobre el camino blanco brillaba al sol una prolongada nube de polvo, que señalaba

el paso de los hombres. No había viento y quedaba flotando extenso rato a lo largo de los pajonales verdes.

El jefe de la partida, sintiendo que su mismo caballo empezaba a aflojar, y viendo cada vez más distante a los dos fugitivos, soltó una maldición y se detuvo.

—¡Alto! — dijo — ¡a esos no los alcanzan ni las balas! Llevan caballos de la marca de Cullen.

—O de la de Insúa — respondió uno de los soldados; — el tostado del capitán es de su estancia del norte. Yo lo conozco; tiene fama de ser el mejor parejero de estos pagos...

Durante algunos minutos, parados en el camino, siguieron con la vista el pequeño grupo de los revolucionarios, que se iba achicando, hasta que desapareció entre el polvo del camino y los pajonales.

—Los cuervos han mentido — dijo Insúa a Alarcón, conteniendo su caballo, al notar que sus perseguidores habían renunciado a alcanzarlos.

—Falta mucho para que se entre el sol — observó Alarcón. — Además, lo que no sucede hoy, sucede mañana.

—¿Estás con miedo?

—No, mi capitán.

—No hablé entonces de cosas tristes.

De pronto, gritó una lechuza, y Alarcón, que sabía interpretar los mil indicios del monte, se detuvo y dijo en voz baja:

—Debe de haber algún rancho por aquí.

Insúa asintió y comenzaron a marchar al tranco, prestando oído a cuanto rumor sospechoso llegaba hasta ellos.

La lechuza gritó de nuevo, y Alarcón echó pie a tierra, se acostó y miró en la dirección de su grito por debajo de los árboles.

—Hay un rancho — dijo — como a dos cuadras de aquí.

Volvió a montar. El rancho quedaba entre ellos y el río. Si habían de cruzar éste para llegar a Mocoretá, les era menester seguir la costa, buscando un vado.

Aquella habitación humana, que no conocían, se les hizo sospechosa.

Un momento tuvieron intención de volverse, sospechando que el rancho pudiera servir de refugio a algún espía del gobierno, puesto allí en el vado por donde pasaban los que iban a Helvecia, a través del Campo del Medio.

Insúa conocía a un cuidador de haciendas, que tenía un "puesto" por aquellos lugares de Mocoretá, y se dirigieron a su rancho.

La luna saldría tarde esa noche, e Insúa pasó las horas tomando mates amargos que le cebaba Alarcón, esperando su salida, para marchar de nuevo, mientras los caballos pastaban atados a un largo lazo, el pasto fino, aun verde, que los árboles frondosos habían librado de las heladas.

La noche llegó pronto, profunda, sin estrellas y ventosa, del lado Sur. Hacía frío, y se estaba bien en el interior de la choza, alumbrado por un pabilo que ardía en un plato lleno de pellas de sebo. Mas cuando contaban con un rato aun más de reposo, sintieron ladrar los perros.

Oyóse ruido de armas.

Insúa y Alarcón se miraron. El caudillo revolucionario vió que su compañero, rápido y silencioso, calzaba la puerta por dentro con un mortero de algarrobo, y con el filoso facón, que le servía para cortar la carne, se ponía a abrir un boquete cortando la paja atada en "quinchos" con guascas, que formaban la pared del rancho, en el lado opuesto a la entrada.

El puestero contestaba en tanto a los que de afuera le hablaban.

—¡Abra, amigo!

—¿Quiénes son?

—Hombres de bien; abra y no tema.

Sentíase rumor de sables que se golpeaban.

—Me ha pillado dormido — decía el paisano entretanto, comprendiendo que un minuto que lograra detenerlos en la parte de afuera, sería bastante para que sus dos huéspedes se escaparan.

Después ya sabría él, cómo arreglarse con los soldados.

La mujer, temblorosa, permanecía en un rincón. Insúa ayudaba a Alarcón, que cortaba sin ruido los quinchos de paja.

De afuera sacudieron la puerta, y se oyó una voz, más baja y melosa, que decía:

—Abra no más, y no salga que hace frío.

—José Golondrina — murmuró Alarcón al oído de su jefe.

Y era él en efecto. Dos días antes había salido de Santa Fe con una partida a la que servía de baqueano para batir las rutas y llevar noticias de lo que pudieran observar. Habían pernoctado en el rancho, construído expresamente sobre el vado, donde vivía un isleño que era un espía, y se disponían a seguir la margen del Saladillo hacia el norte, cuando esa tarde vieron pasar a Insúa y a su ayudante.

José Golondrina dijo al jefe de la partida:

—Yo conozco estos pagos. Hay un "puesto" en Mocoretá, y allí han de parar hasta que descansen los caballos que van sudados. La luna sale tarde y no se han de ir antes que salga.

Y el jefe, que conocía la astucia del indio, los dejó pasar sin mostrarse, y se preparó para caer sobre ellos cuando estuvieran "mateando" en el rancho.

Y ocurrió como lo habían previsto.

Agolpados todos cerca de la puerta, aguardaron que el dueño les abriese, seguros de coger a Insúa y a Alarcón en aquella ratonera.

Más la tardanza en ejecutar la operación tan simple de quitar la tranca, disgustó al jefe de la partida, el cual sospechó algo.

—¡Abra, canejo! — gritó impaciente; y sin esperar más volvió su caballo poniéndolo de ancas contra la puerta, le pegó un sofrenón brusco, y el animal dolorido dió tan formidable empujón, que las maderas crujieron y la puerta cayó con marco y todo.

Los cuatro hombres de la partida se precipitaron al interior del rancho, menos José el indio, que se quedó fuera mirando hacia el monte, que en la densa obscuridad aparecía como una mancha de tinta.

Vió cruzar dos hombres, y gritó:

—No pierda tiempo, mi jefe; ya no están ahí; allá van corriendo, para ganar el monte!

Un coro de maldiciones respondió, y un grito de dolor rasgó la noche.

El jefe acababa de ver el ancho boquete abierto en los quinchos de la pared, que el puestero había querido en vano disimular, arrojando un apero.

Comprendió que lo habían burlado.

Era un paisano flaco, pequeño, con ojos crueles.

Miró al puestero que temblaba de miedo, y rápido como un gato del monte cayó sobre él y le enterró el facón en el vientre.

La mujer dió un grito, y el pobre hombre cayó como un buey fulminado, mientras la gente de la partida corría hacia el monte, donde se habían refugiado ya Insúa y Alarcón.

Cuando penetraron en la sombra del monte, oyeron el grito del indio José, y luego sintieron el tropel de los soldados que corrían.

Pero en pocos segundos habían saltado sobre sus caballos, y huían como dos centauros, tendidos sobre el cuello, a través del bosque, sufriendo a cada instante el chicotazo de las ramas espinosas que no podían esquivar.

Detrás, como una avalancha, partieron sus cinco perseguidores. De cuando en cuando les disparaban algún tiro cuya bala se perdía silvando lejos de ellos.

Y así corrieron, aumentando la distancia, por entre la densa arboleda, sin riesgo de que pudieran rodearlos.

La luna salía, llenando de luz el bañado, sobre el cual se dibujaban nítidamente las siluetas de los dos fugitivos.

Insúa temió que viéndoles les hicieran fuego, mas no ocurrió eso; sus perseguidores, llegados a la vasta planicie, abriéronse en dos alas, para rodearlos.

—¡Maldición! — dijo Insúa, sintiendo que su caballo cansado, por la carrera de todo el día, empezaba a aflojar.

—¡No importa, mi capitán! — respondióle su compañero, que empezaba también a quedarse atrás — si ganamos el garzal, no nos agarrarán en toda la noche.

Al frente, en la línea que seguían, a la luz de la luna, divisábase el garzal, un inmenso pajonal, en cuyo centro, en una isleta casi inaccesible de totoras, hierbas altas y fuertes como cañas, andaban millares de garzas, tuyangos y ocós, toda la fauna acuática de aquellas regiones, con la seguridad de que hasta allí el hombre no era capaz de llegar.

Veíase que la intención de sus perseguidores era impedirles alcanzar este refugio, porque las alas de sus perseguidores empezaban a cerrarse.

Alarcón marchaba adelante; Insúa le seguía, por la brecha que él formaba aplastando las cañas. De cuando en cuando torcía bruscamente el rumbo, de manera que no pudieran verlos desde afuera. La tupida cortina de totoras se alzaba como un murallón.

Por eso, cuando minutos después llegaron los soldados hasta el garzal, detuviéronse indecisos.

—Hay que cuidar la parte del Este — dijo el indio José. — Por ese lado han de salir, buscando el camino de Helvecia, a través del Campo del Medio.

Toda la partida, en efecto, continuó al galope, por la costa del inmenso garzal, que parecía un mar de plata, a los rayos de la luna que fundían todos los perfiles.

Insúa y Alarcón avanzaban siempre hacia el centro del garzal. Cuando llegaron a los escondidos lugares donde las aves acuáticas tenían sus refugios, a cada paso que daban, encabritábanse los caballos, asustados, porque de entre sus patas se alzaban gritando los ocós y las garzas, que dormían en sus nidos de cañas dobladas, cimentadas con barro, a breve distancia del suelo.

Así llegaron al centro, donde había una laguna, en que los patos dormían en bandadas inmensas, que se alzaron con un ruido de granizo, al sentir a los dos hombres.

El sitio era limpio, alejado casi media legua de la orilla. No había totoras, y la tierra, cubierta de verdes canutillos, parecía un fresco tapiz, mas los caballos se negaban a entrar, conociendo que debajo de los pastos había un metro de agua.

—Por esta noche no hay peligro — dijo Insúa, desensillando su caballo.

Alarcón dejó los caballos y se puso a construir una ancha cama, a la manera de los nidos de las garzas, de totoras entretrejidas y dobladas. No bien estuvo dispuesta una, Insúa se tendió sobre ella con el aire de un hombre rendido, y se envolvió en su blanco poncho de vieuña.

Su compañero sonrió adivinando en qué pensaba el caudillo.

—Yo haré la guardia, mi capitán — le dijo.

—Hasta la media noche — respondió Insúa, — a esa hora yo te relevaré. Partiremos antes del alba.

Pero antes de la hora, en el viento que empezaba a soplar con

fuerza del lado Sur, llegó una obscura cortina de humo, cálido y acre.

—¡Mi capitán, mi capitán! — gritó Alarcón.

Insúa saltó de su lecho de totoras.

—Han incendiado el garzal.

En un minuto estuvieron ensillados los dos caballos, que amujaban las orejas y cavaban la tierra con sus cascos impacientes.

Cuando Insúa iba a saltar, Alarcón dijo:

—Mi capitán, no monte en el suyo, monte en el mío, y deje su poncho. Así nos confundirán, y podremos escapar con facilidad.

Insúa que fiaba en la sagacidad de su compañero, aceptó el cambio, y subió en el otro caballo, mientras Alarcón saltaba sobre el tostado famoso del caudillo.

Entre las rachas de humo que se hacían más espesas, contornearon la laguna del garzal, sobre la cual revoloteaban millares de aves, graznando, encandiladas por el incendio, y entraron entre los totorales de la opuesta orilla, azuzando a sus caballos, más acostumbrados ya a romper las cañas con el pecho.

De pronto dijo Insúa, deteniéndose:

—Si han incendiado el garzal por la parte del Sur, deben cuidar el Norte.

—Así ha de ser — contestó Alarcón.

—Entonces es preferible buscar camino al naciente.

—Yo creo, mi capitán, que debemos separarnos. Usted hacia el Norte, yo hacia el naciente, aunque ellos vigilen por allí. Si han incendiado el Sur, el viento, que es pampero, ha de haber hecho correr el fuego por todo el poniente.

Y así se apartaron, citándose para el camino de Helvecia. Al despedirse, Alarcón estiró la mano a su jefe.

—Adiós, mi capitán. Aunque me maten, no se olvide de mí.

El jefe sentía el incendio a su izquierda, como si el viento, remolineando sin dirección fija, hubiera hecho correr la llama por el contorno de esa parte del garzal, cuyas totoras resacas eran un admirable pasto para el fuego.

Corría más la llama que él, y eran como dos brazos de oro fundido que le perseguían para estrecharlo antes de que saliera de entre los totorales.

El caballo, espoleado con crueldad, avanzaba dando botes. A veces caía, resbalándose sobre las totoras, enredadas alrededor de un nido, en que algunos polluelos estiraban sus largos pescuezos ansiosos.

Insúa lo hostigaba, sintiendo en la espalda el aire abrasado, y el pobre animal, lleno de pavor más que de bríos, soplabá con furia y se alzaba temblando, para marchar rompiendo siempre aquella inmensa malla de pajas crepitantes y lustrosas.

Cuando llegó al borde del garzal, cerca ya del bañado, una racha de viento desgarró la cortina de humo, que lo envolvía todo, y él pudo ver hacia el naciente el incendio más pavoroso como si le hubieran dado contrafuego.

Un minuto que perdiera, sería su muerte, pensó el revolucionario, sintiendo los gritos de uno de los hombres, que de lejos a su izquierda, le había visto a la luz del incendio, y se echaba a correr sobre él.

Espoleó su caballo, y empezó a cruzar el bañado.

La luz se hizo, cuando llegó al linde del bañado con el monte, y los cascos del caballo tocaron la ahnelada tierra firme.

Su perseguidor de la izquierda, lo saludó con un tiro, cuya bala sintió silbar, y vió entonces a la derecha el grupo de los soldados que se echaban sobre él, a todo lo que daban sus caballos.

Y empezó de nuevo la carrera, a través del monte, lleno de silencio y de sombra.

Comprendió que engañados por el cambio de poncho y de ca-

ballo, que le sugiriera Alarcón, creían haber perseguido a éste, y se volvían para rodear en el garzal incendiado al jefe de los revolucionarios, seguros ya de no dejarle escapar.

Alarcón, en tanto, quebrando la valla de totoras había marchado hacia el Este de la lagunita donde pasaron la noche.

Estaba seguro de que por esa parte se encontraría con los soldados, y ese era su oculto propósito. Se haría perseguir, con su poncho blanco, iluminado por el alba que clareaba ya, y daría tiempo a su jefe para escapar.

Mas he aquí que siguiendo su penoso camino, cuando se había internado profundamente entre aquellos tupidos y recios pajales, una extensa faja incendiada le cerró el camino con su vaho de infierno. El viento era contrario a la llama, pero de vez en cuando algún remolino caía sobre ella y mesándola en todas direcciones la hacía penetrar en rojas lenguas a través de las cañas secas y sonoras.

Buscó una salida y, no hallándola, oblicuó hacia el norte, porque la gran masa de fuego llegaba del sur, arrastrada por el pampero. Y después de marchar un rato, un aletazo del viento arrojó sobre él una obscura cenefa de llamas envueltas en el humo áspero de los pastos verdes.

Y de nuevo la llama que había avanzado rodeando la lagunita le cortó el paso.

Debía morir, y se resignó, con ese fatalismo criollo que se allana mansamente al destino.

Había una isleta libre entre la mar de fuego que avanzaba por todos los rumbos; se retiró al centro, y se puso a mirar con sus ojos azules, serenos, la llama que llegaba en su busca. Las cañas se retorcián gimiendo, y en la parte húmeda y verde que se hundía en la tierra, estallaban cohetes que asustaban al caballo.

Alarcón lo palmeó en el cuello para aquietarlo. Echó pie a tierra y se puso a desensillar pensando que era una tristeza que se perdiera aquel soberbio tostado que se había hecho tan famoso como su dueño. Quitóle después el freno, lo enderezó hacia el Este, y le dió un lonjazo para que tratara de salvarse huyendo a través del fuego.

Pero fué en vano; el animal corrió hasta las llamas, tronchando las totoras; y allí bruscamente, volvió el anca, y se puso a dar coces sin alejarse del fuego que avanzaba sobre él.

El humo y el calor de horno que le envolvía empezaban a desvanecerle. El fuego estaba a cincuenta pasos de él, y envolvía totalmente el sitio en que su caballo moría pateando siempre al intangible enemigo.

Comenzó a salirle sangre por la nariz, y como de pie no podía respirar, miró por última vez el cielo, manchado de nubes ahumadas y el sol que ascendía, haciendo huir la noche en el sombrío bosque, por donde a esa hora galopaba su jefe, y se echó en tierra pegando la cara con el barro fresco, que pudo hallar al pie de las totoras, envuelto en el poncho blanco de Insúa.

Cuando al caer la tarde se extinguía el inmenso brasero del garzal que había ardió todo el día, José Golondrina, que acechaba ansiosamente para impedir la fuga del que todos creían que se estaba quemando allí adentro, montó a caballo, y se internó en la llanura cubierta de ceniza y de matas ennegrecidas que se desmoronaban bajo las pisadas del caballo.

De algunos montículos, donde habían estado más tupidas las totoras, surgían aún haces de chispas, que caían como un polvo de oro sobre el rescoldo tibio.

A tres cuadras de la laguna halló el cadáver del caballo de Insúa, y a poco más allá, el cuerpo del que creyó su rival, con la cara sobre la tierra blanca de cenizas, como dormido en el profundo silencio de la tarde.

Yo lo maté, pero voy a morir...

Días antes Syra, que rara vez salía desde la muerte de su novio, visitó a las vecinas, en cuya casa solía verse con él.

Empezaban a encenderse las luces cuando ella terminó su visita, y se marchó.

En la calle solitaria a esa hora, encontré con una negra vieja, hija de los esclavos de otros tiempos, limosnera, que caminaba pegada a las paredes, estirando una mano seca a los raros transeúntes.

Conocíala Syra y la socorría en día fijo de la semana.

La vieja se le acercó, y le dijo en voz baja:

—¡Amita! me mandan a buscarla, si quiere ir, en interés del hombre que llora.

—¿Quién te manda?

—José el indio.

—¿Dónde está?

—En el cementerio de San Antonio.

—¿Qué quiere de mí?

—No me lo ha dicho.

El velo ceniciento que el crepúsculo había arrojado sobre la ciudad se iba oscureciendo como un denso crespón, y cuando Syra llegó a las tapias del cementerio de San Antonio, cuya capilla abandonada, al borde de la calle, en aquellos arrabales silenciosos, parecía llena de las almas de los muertos, era casi de noche, y no vio la silueta del indio, acurrucado contra la puerta.

—Niña Syra — le dijo, y ella tembló ante aquella voz que parecía surgir de la tierra.

El se paró y le murmuró al oído.

—¿Siempre se acuerda de él?

Syra lo miró, y vio sus ojos lucientes como los de un gato en la sombra.

—¿Qué te importa?

—¿Lo has olvidado, entonces?

—¿Para eso me has llamado?

—Sí, niña, para eso. Quería saber si después de muerto iba a seguir siendo agraviado.

—¿Por quién?

—Si su merced me manda, niña, — dijo con voz sumisa el indio, — yo lo diré; pero si lo ha olvidado ya, y no piensa vengarlo, no quiera saber lo que iba a contarle.

—¿Qué me vas a contar? — dijo simplemente — yo no lo he olvidado.

—Pero en su casa sí — respondió el indio; — en la Casa de los Cuervos, ya ni su madre lo recuerda, y su hermana está para casarse con el que lo mató.

—¿No has mentido?

—No, niña.

—¿Vas a jurar?

—Sí, por la tierra donde duerme mi madre — dijo él, y Syra creyó en su palabra.

Esa misma noche habló a Montarón, y le anunció que se iría a la Casa de los Cuervos a pasar una temporada de campo.

Syra llegó a la Casa de los Cuervos como una amiga, disimulando su amargura, para saber mejor aquella terrible verdad que le habían confiado.

Doña Carmen de Borja, ante aquella joven enlutada, que compartía su dolor, pero que la miraba con ojos extraños que buscaban su pensamiento, sintió miedo, temiendo por el secre-

to de aquel perdón que había dado a Insúa en el fondo de su alma y que nadie comprendería, si llegaba a saberse todo lo que ella sabía de la muerte de su hijo.

Una tarde llegó don Basilio el ovejero, y dijo a doña Carmen:

—En el campo de Mocoretá han quemado vivo al capitán Insúa. Uno de los que andaban en su busca de parte del gobierno ha dormido en mi rancho y me lo ha contado.

Doña Carmen guardó el secreto. Nadie habría podido sospechar la tormenta de encontradas pasiones que se levantó en su alma, porque su rostro permaneció inmutable.

Un poco más de ternura hubo en sus ojos al mirar a su hija; y en el pliegue de sus labios una fuerza mayor para imponer el silencio a las expresiones de rencor satisfecho que querían desbordar.

Pero esa noche todo cambió. A la hora de la cena sintieron llegar un caballo, que se acercó entre el ladrar de los perros hasta el árbol en que los cuervos dormían.

Gabriela corrió a mirar y dijo:

—¡Insúa!

Insúa se sentó a la mesa, y alejados los sirvientes, habló a la madre y a la hija.

Había mandado un chasque a don Julián, a fin de que esa misma noche llegara a casa de doña Carmen, y debía estar a caer.

Era extraño lo que iba a decir, pero en su vida todo era así, extraño.

—Quiero llevarme, señora, el talismán que ha de darme suerte. La revolución va a estallar en el plazo de tres días. Todo está pronto, y yo vengo a casarme, para que el amor de mi esposa sea mi fortuna en la batalla.

Sintióse rumor en el patio y todos salieron de la galería. Eran don Julián que llegaba.

—¿Será esta noche? — preguntó la dama a Insúa.

—Sí, señora — contestó él, inclinándose.

Doña Carmen llamó a la mujer del capataz y le dijo lo que había, a fin de que preparase el oratorio donde debía de ser la ceremonia.

El comedor había quedado a oscuras, y nadie vió por eso entrar a Floriana, que se acercó hasta la pieza donde Syra se había refugiado y la llamó suavemente.

No le abrieron; quizá no oyeron la señal, que repitió dos veces, sin resultado. La joven, sin embargo, no dormía; sentíanse sus pasos y el rumor de su ropa.

Floriana miró por el agujero de la llave, y a la luz escasa de la vela, vió algo cuyo significado no comprendió. ¿Quién estaba allí? ¿Syra o Gabriela? ¿Quién era la novia que había venido a buscar el capitán Insúa? ¿Por qué, si era Gabriela, Syra se vestía de blanco como si ella fuese?

Corrió al oratorio a concluir los preparativos de aquella fiesta que le llenaba el alma de rencores, y a poco sintió la voz de don Julián que entraba con una maleta, en que traía un roquete, una estola y un libro.

Y luego llegaron todos. Gabriela vestida de negro, tal como estaba; Insúa como si terminada la ceremonia hubiera de partir al combate; doña Carmen de Borja, pálida, como una muerte, plegados los labios para no quejarse, y los peones, que habían de servir de testigos.

De pronto sonó una carcajada en el patio, que a Insúa le heló la sangre; se oyó el graznar del cuervo despertado por el ruido, y la puerta del oratorio se abrió con violencia, y entró Syra, vestida de blanco, semejante a una novia, hermosa como una aparición, con el cabello suelto, como si no hubiera podido concluir su to-

cado, con la frente iluminada, y los ojos ardientes, y la risa en la boca crispada.

Apartó con fuerza a los que le cerraban el paso y corrió al altar y tomó a Gabriela de un brazo, y le dijo mostrando una gran mancha de sangre que tenía sobre el pecho, en el albo traje de baile:

—¡Yo era su novia, y él lo mató!

Y todos sintieron correr por sus venas el horror de haber comprendido, sin que ella dijera más, lo que significaba aquella sangre, quién era el muerto y quién era el matador.

Se oyó entonces la voz de Insúa:

—¡Es cierto, es cierto! ¡Yo lo maté!

Se le vió, en la sombra acercarse a Gabriela, que había caído desmayada en brazos de su madre; no se oyó el ruido de su beso en la frente de la joven, pero sí la voz de él más tranquila, hablando desde el umbral de la puerta, como un adiós a la Casa de los Cuervos.

—Yo lo maté, pero voy a morir.

No hubo un gesto de nadie para responderle, ni se tendió una mano amiga para detenerle.

Salió; se oyó el graznar del cuervo, y luego el rumor del galope de un caballo, que se alejaba por la calle sombría de los eucaliptus.

V

La muerte de Insúa

Una mañana, el catorce de Junio, Rosario entró despavorida en el salón donde su padre estaba dando clase, a una veintena de chiquillos adormilados.

—¡Tata! — dijo simplemente — ¡la revolución! — A Francisco anoche lo han muerto, según dicen.

Y cayó arrodillada en el suelo, llorando y escondiéndose la cara entre las manos, mientras los chicleos aprovechaban el estupor causado en el maestro por aquella noticia, para desbandarse y huir de la escuela.

Rosarito, acompañada de su padre, había salido ya en busca de Insúa, herido la víspera.

Rosarito llevaba las riendas del tiburón en que viajaban al trote por el solitario camino blanco. Ella no oía a su padre; pensaba en las cosas tristes que rebalsaban en su alma, y tenía en los labios la amargura de una queja. Pensaba que si él había muerto, lo hallaría donde le habían dicho, velado por Gabriela; que si aun vivía, él no volvería a besarla como en la noche de la revolución, porque su rival estaría presente.

Sabía que no habría esperanza de salvarle. El que les llevó la noticia, enviado por Insúa mismo, les había explicado cómo era la herida y cómo ni el mismo Insúa pensaba vivir.

Así como mandó avisarles a ellos, pensaba Rosarito que habría mandado avisar a la Casa de los Cuervos, no lejána de allí.

Mas cuando llegaron al paso de "los Cachos", hallaron al cau-dillo revolucionario muriendo solo en el ranchito abandonado.

Estaba tendido en tierra, sobre un apero, y tenía cerrados los ojos. Como obscurecía ya, no conoció en la penumbra a los que llegaban, y Rosarito, hincada a su lado, le dijo su nombre y le vió sonreír, y le habló de su amor y de Dios, para endulzarle aquella hora suprema, y él que en nada creía, sintió su alma iluminada por aquella verdad que bajaba en tal momento sobre él, y lloró con grandes lágrimas cálidas.

—¿La has llamado? — le preguntó Rosarito, y él hizo señas de que no, y la miró con profunda ternura, como diciéndole que ella refundía en sí sola todas las mujeres que podía amar: su madre, su hermana y su novia.

Y ella comprendió, y cuando al siguiente día cerró él los ojos para siempre, tranquilo como si hubiera hallado la verdad y el amor, ella pensó que era su viuda, y lloró sobre su cuerpo frío, sintiendo en el fondo de su dolor, la humilde alegría de saber que por fin, él la había comprendido.

Hugo Wark

¡Cuide su cabello! Un Frasco de Danderine hace Desaparecer la Caspa

La caspa desaparece y el cabello no se cae más.

¡Pruebe esto! Su cabello se pondrá lustroso, ondeado,
abundante y bello.

El cabello delgado, quebradizo, descolorido y áspero es una evidencia muda de un cráneo descuidado; de caspa, esa terrible costra.

No hay nada que destruya tanto el cabello como la caspa. Le quita su lustro, su vigor y su vida; y al mismo tiempo produce picazón y estado febril en el cráneo, lo que si no se cura, hace que las raíces del cabello se contraigan, se aflojen y se mueran; entonces el cabello se cae. Un poco de Danderine esta noche, ahora o en cualquier tiempo, salvará su cabello.

Compre un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier

botica o almacén, y después de la primera aplicación, su cabello tomará vida, lustre y crecerá en abundancia. Se pondrá ondeado, sedoso y espeso, con un lustre y suavidad incomparables; pero lo que más le agrada será ver cómo, después de usarlo por algunas semanas, el cabello crecerá en abundancia, fino y suave por todo el cráneo.

Danderine es para el cabello lo que la lluvia y el sol para las plantas. Va directamente a las raíces, fortaleciéndolas y dándoles vigor. Sus propiedades estimulantes y vivificadoras hacen que el cabello crezca largo, firme y bonito.

Algo que necesitábamos

La primera reflexión que ocurre a la imaginación de todo lector es que son muchas las cosas que necesitamos. Sin embargo, pensando con detención en el cúmulo de necesidades que nos apremian de continuo, llegamos a la conclusión de que para gozar de todas ellas sería necesario estar debidamente preparado en todo sentido. Mejor dicho, el género o clase de vida especiales que lleva todo ser humano lo imposibilita de principio contra lo imprevisible. Palabra fatal y mágica está, que encierra tantas amenazas como venturosas promesas, y siempre que lo imprevisible abarcase exclusivamente estas últimas sería una maravilla su realización y la vida misma; no obstante, ésta nos despierta bruscamente anunciándonos que la vida es más deber que placer y, por consiguiente, debemos prepararnos para su mejor cumplimiento, puesto que cumplir consigo mismo es cumplir con la humanidad toda... Y ¿cómo? os preguntaréis. Pues sencillamente, os respondería la voz de la razón: preparándoos contra lo imprevisible, que en muchas casos es tan sólo la traducción de vuestra indolencia.

En la mayoría de los casos cuando lo imprevisible significase una afección mental sería harto difícil zafarse de ella, puesto que importaría una autoterapia imposible de realizar al valerse de medios ya depreciados por la misma dolencia, y prevalecería ésta en su avance destructivo.

Pero cuando se trata de una enfermedad tangible, el sistema de curación es fácil y cómodo. No se debe dejar el camino despejado a ninguna enfermedad, atacándola a su debido tiempo.

Entre multitud de enfermedades comunes, actualmente de fácil curación, podemos tomar las hemorroides.

Hasta la fecha, decían muchos, es una enfermedad ingrata por los síntomas rebeldes que presentaba en la mayoría de los casos. Hoy se ha probado que no existió tal rebeldía en las hemorroides, sino que era debido a la docilidad de los remedios inocuos que se aplicaban.

En la actualidad no se vacila ya en los medios curativos a emplearse. Basta aplicar una materia llamada Noridal para que radicalmente desaparezcan aquéllas.

El Noridal, pues, debe su gran fama conquistada ya, no solamente al beneficio incalculable que reporta para el enfermo desde su aplicación, sino que también es celosamente buscado por su uso cómodo e higiénico que evita molestias y salva de fáciles infecciones.

La Argentina A. De Micheli y Cia

Avda. de Mayo 1001
esq. B. de Irigoyen



Para los días de lluvia, tan frecuentes en invierno, recomendamos a Vd. nuestros

IMPERMEABLES

10960—**IMPERMEABLE** de goma entre dos telas, amplio y de elegante corte, garantizado bueno, colores avellana, beige, aceituna y negro. Bata terminada, con caperuza, a \$ 90, 80, 70, 60 y..... \$ **50.00**

10961—**PERRAMUS**, o sea impermeable sin goma, en gabardina o cheviot, se puede usar como sobretodo liviano, espalda y mangas con forro de la misma tela, colores beige, avellana y gris, sin caperuza, a \$ 120, 110, 100 y \$ **90.00**

10962—**SOBRETUDO PERRAMUS**, en casimir de alta calidad, absolutamente sin goma, en colores oscuros, muy práctico, tanto para resguardarse del frío como para protegerse de la lluvia, a \$ 115, 110, 100 y \$ **95.00**

CRÉDITOS Con la mayor liberalidad acordamos créditos a pagar en diez SOLICITEN CONDICIONES mensualidades, sin alterar por esto los precios.